JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 31 Oct. 1931

SANTA PAULA: LA MAS GAUCHA DE TODAS LAS SANTAS



Taqueando Renglones

⋆ ★ ⋆

YO soy un hombre de campo, un simple ciudadano de nuestra pampa, que, si conoce bien las faenas rurales, anda siempre medio desacomodado entre los renglones escritos, porque la mano que sofrena el caballo a toda carrera se ha hecho maleta para hilvanar palabras.

Por eso, a las crónicas que escriba para **JORNADA** las he querido titular "Taqueando Renglones", por si en algún entrevero frente al arco gramatical, el tiro saliera largo o demasiado corto: ya en la modestia del comienzo, está también la disculpa.

Yo amo y siento todas las cosas nuestras, entre las cuales me he criado y entre las cuales vivo las mejores horas de mi vida. Soy curtido por los vientos fuertes de nuestras llanuras, y allí donde una parva está como un mojón de esperanza, yo estoy siempre a mis anchas respirando fuerte.

El mayor placer de mi vida es ir montado en un buen pingo, cortando pampa y con la mente limpia de preocupaciones.

Por acendrado amor al caballo, a quien considero el más noble de todos los brutos, he salido jugador de polo, que creo que es el deporte más representativo de nuestra raza criolla.

Jamás me siento más argentino que lejos del pago, cuando estoy en tierras gringas y tratando con personas diferentes; entonces recién valoro lo justo que hay en la denominación modesta de paisano que me endosan cariñosamente mis amigos.

En artículos sucesivos, trataré de narrar a los lectores de **JORNADA** los episodios salientes de la actuación del Santa Paula en los Estados Unidos, desde que salí de mi campito hasta llegar a Hollywood.

Ustedes los puebleros le sacarán lo desparejo.

M. Andrada

SANTA PAULA: LA MAS GAUCHA DE TODAS LAS SANTAS



El polo, según refiere el historiador árabe Mahomet Tabary, ya era practicado por los antiguos persas y afganes. En tiempos de Darío y de Alejandro el Macedonia estaba en boga. Lo atestiguan dos miniaturas de unos manuscritos que pertenecen al poeta persa Firdusi.



Los lanceros y los húsares ingleses aprendieron el polo en el Norte de la India, allá en los límites con el Tibet. Fué un juego de oficiales nobles. El primer club de polo fué fundado por el general Stewart en Calcuta en 1863.

Los oficiales del 1o. de húsares disputaron el primer match en 1855, en la cancha de Aldershot, Inglaterra. En 1865 se fundó el Hurlingham Club de Londres. En 1870, en la estancia Negrete, partido de Ranchos, provincia de Buenos Aires, empezaron sus dueños, los señores Shennan y Crabbe, a practicar el polo. Como faltaban jugadores, integraban el equipo los peones. Por esos pagos comenzó a llamarse "el juego de los ingleses" o el bolo. Cuando el príncipe de Gales — que ahora es Jorge V de Inglaterra — visitó esa estancia, presenció uno de esos primitivos matches. En los criollos ha determinado mucho la afición al polo su habilidad y gusto por el caballo. Pero el deporte no se hizo popular sino con Andrada y su bravo Santa Paula. Ahora el polo es ya un juego nacional. El interés que despierta entre la gente del común es casi tan grande como el football. La actuación de nuestros polistas en los Estados Unidos ha apasionado a nuestro público. Andrada es uno de los héroes de la actualidad argentina.

ESPIRITU CRIOLLO

Este año la temporada de Estados Unidos ha sido pródiga en emociones para nosotros; día a día hemos seguido la actuación de los teams que representaban nuestro polo y día a día íbamos constatando la mala suerte con que actuaban, jugadores lastimados, caballos enfermos, etc., un cúmulo de circunstancias contrarias que sólo con el espíritu deportivo de los que fueron, se podía sobrellevar.

La jira de este año tiene muchas enseñanzas, nos ha demostrado a mi juicio: primero, que no se deben mantener handicaps, porque en una época lo valían, el handicap debe ser siempre la expresión del valor del juego individual en ese momento; segundo, que para jugar en pistas de esa importancia los caballos deben estar completamente aclimatados, y para esto se necesita una permanencia por lo menos de seis meses.

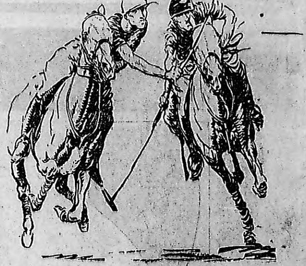


BUEN TRAINING

Tercero, que los componentes de Santa Paula han demostrado que un entrenamiento riguroso y una dirección acertada, tanto en la cancha como fuera de ella, hace que puedan vencer todas las malas suertes y contrariedades; en ese equipo mandaba Andrada, allí no había caballos de fulano ni de mengano; había caballos de Santa Paula, que los montaba el que los manejaba mejor y sacaba más partido de ellos. Allí no se trasnochaba, no se bebía y casi no se fumaba, había que bajar de peso para estar en condiciones, pues se hacía todo lo necesario. El suplente no era una figura por si acaso, allí el suplente podía ser cualquiera, pues el que anduviera mal corría el riesgo de quedarse sin el puesto, y por encima de todo esto una aspiración patriótica hondamente sentida de ganar el campeonato para la Argentina, costara lo que costara.

EL ALMA DE TODO

Andrada, el capitán, fué el alma de todo esto. Iba en ello todo su amor propio de criollo, llenaba la aspiración de toda su vida de polista. Fué más inglés que los ingleses en la organización y fué la encarnación del alma latina y criolla en su empuje y coraje, sobreponiéndose a todos los contratiempos y hasta insensibilizándose al dolor de sus propias heridas con tal de triunfar.



Cuando el que suscribe lo llamó desde Coronel Suárez por teléfono a Meadow-Brook instantes después del partido, el paisano me recibió con estas palabras: "Hemos matado al viborón más grande de Estados Unidos".



Félix Videla Dorna

(Secretario de la Asociación Argentina de Polo)

●●● MI AMIGO DIOS ●●●

CUANDO me dijeron que mi amigo Ernesto estaba loco, experimenté una honda sensación de angustia: en primer lugar, porque Ernesto era mi más íntimo camarada, un verdadero hermano, la segunda mitad de mi mismo; y, en segundo lugar, porque entonces mi concepto sobre la locura era harto primitivo y falso, pues no me había preocupado de desarraigar, mediante lecturas instructivas, la idea popular de que la demencia tenía mucho de siniestro e infernal y de que los locos eran seres espantosos, tan temibles como los muertos y los fantasmas.

Pero cuando me enteré de la forma de locura que había empezado a padecer mi amigo, el terror se trocó en mí, en admiración.

—¡Tenés que ver vos! — decíanme mis informantes. — ¡Tu amigo Ernesto se cree Dios! ¡Y hay que verlo, en perpetuo éxtasis ante todo lo creado, obra suya, según él! Vale la pena que vayas a verlo. Es una cosa trágica, pero hace reír...

* * *

Yo acababa de regresar del campo. Hacía dos meses que no sabía nada del buen compañero de mis días y mis noches. A dos cártas mías no había respondido ni con una línea, lo que yo atribuía a su notoria haraganería o bien a su disgusto por mi alejamiento de la ciudad, en la que "lo había dejado solo, sin saber qué iba a hacer durante mi ausencia..." Resolví, pues, ir a verlo al sanatorio donde estaba internado. Esta decisión me costó un cierto esfuerzo moral. Tenía miedo. Pero también curiosidad. Ciertamente, predominaba en mí un sentimiento de dolor. Aquel suceso me afectaba muchísimo. Repito que Ernesto era como un hermano, era la mitad de mí mismo...

El médico que me atendió, acompañóme por los jardines del sanatorio, y, al fin, despidiéndose, me dijo:

—Allí está el enfermo. Me dirá usted de qué han hablado, si es que usted logra sacarlo de su éxtasis y hacer que recobre, aunque por un minuto, la lucidez mental, y si es también posible saber lo que se digan, pues podría sernos útil para apreciar las alternativas de su mal... Cualquier cosa que le ocurra, señor, llame usted; yo estaré por aquí cerca...

* * *

El médico se fué, y yo, bajo una leve impresión de miedo, quedé mirando aquello que se veía allí, a treinta pasos de distancia, en medio del jardín, sobre un cantero. Era Ernesto, mi buen amigo Ernesto. Pero parecía una estatua, por la inmovilidad absoluta en que se hallaba: la estatua de un nadador acrobático en trance de arrojarse desde lo alto del trampolín. Estaba de pie, los brazos extendidos como los de una cruz, el rostro de frente al sol, bañado en sudor, la mirada fija en el vacío. Me acordé inmediatamente de los versos que tanto le gustaran a él cuando, vagabundeando por las noches en busca de la aurora a través de las calles de la urbe, repetía hasta fatigarme: "Era un Dios con los brazos abiertos..."

Me acerqué despacio. Mi amigo no me veía. Estaba absorto. Yo ensayé toser y luego silbar, para llamar su atención sobre mí. Pero como no parecía advertir mi presencia, decidí hablarlo. Me temblaba la voz. Tenía miedo. Y, a la vez, una íntima esperanza de que todo aquello iba a dejar de ser apenas nos estrechásemos en un abrazo. Por lo pronto, no experimentaba, al verlo, lo que temí al principio: terror. Porque tampoco me encontré con un ser monstruoso, como yo me imaginaba a los locos. Me había hallado a Ernesto, algo más delgado, y sólo en esa extraña actitud de estatua que bien pudiera ser una burla, o, a lo sumo, una manía fácil de combatir. Me decidí a hablarlo, y lo llamé, primero despacio, luego con voz alta, como para despertar a un borracho dormido:

—Ernesto..., Ernesto... ¡Che, Ernesto! ¡Cómo te va! ¿No me oís, che? ¡¡Ernesto!!

FIJA LA MIRADA

Pero él seguía en medio del jardín, con los brazos abiertos, fija la mirada en el vacío... ¡Qué horror sus ojos grises, velados por la locura!

—¡Ernesto, Ernesto, soy yo! ¡Carlos...! Tu amigo Carlos... ¡Mirame! ¿No me oís? ¡Te burlás de mí, che? ¡Vamos, dejate de bromas... mirame... ¿No te cansás de estar así tanto tiempo? ¡Eh, Ernesto, movete!

Pero mi amigo permanecía inmóvil. Ni pestañeaba. Me acerqué más para observarlo y ver si respiraba. Porque tenía mis dudas. ¿Y si estuviese muerto en esa posición? La idea me parecía posible y nadie me habría podido convencer de lo contrario en aquel momento. Pero Ernesto respiraba... pausadamente, rítmicamente... ¡Respiraba! Esto me tranquilizó mucho. Era una respiración profunda, como la de quien estuviera sometido a un estado hipnótico. ¿Y, no estaría hipnotizado? Yo había oído hablar de hipnotizadores que mantenían por largo tiempo su dominio sobre los hipnotizados. ¿No sería de esos casos el de Ernesto? Volví a llamarle y hasta extendí mis manos haciendo unos pases magnéticos a la vez que concentraba todas mis fuerzas mentales en un llamado mudo, como lo había visto hacer a un hipnotizador de teatro: Ernesto... Ernesto... Ernesto... Pero todo fué inútil. Ya me desesperaba.

—¡Ché! ¿Qué mirás? ¿Qué ves? ¿Te estás haciendo el loco, ché?

Me decidí a tocarlo, a zamarrearlo, para arrancarlo de su sueño si era que dormía con los ojos abiertos. Me planté frente a él. Estaba frente a frente de mi querido amigo. Le sonreí, haciendo un esfuerzo, porque nuevamente me dió miedo. Su rostro en aquel momento tenía un resplandor de fuego, estaba bañado en sudor, surcado por hondas arrugas rígidas, además su mirada fría, mirada de muerto, estaba clavada en mis ojos... Le sonreí y le hablé con emoción...

—¡Mirame!... ¿Me conocés? Soy yo: Carlos...

Palabras inútiles. La estatua no se movía. ¡Siempre los brazos en alto! ¡El Dios con los brazos abiertos! Su terrible mirada de muerto acabó por dominarme... Vacilé... Retrocedí... Bajé mi cabeza y no pude evitar que un gran sollozo estallase en mi pecho. Me eché a llorar.

Sentado en un banco próximo, lloré la pérdida del amigo íntimo, como si lo hubiera hallado inmovilizado por la muerte.

Y él seguía allí, como un bloque de piedra, como un dios de piedra. Su sombra se estiraba por el césped como una cruz alargada.

UNA HORA ETERNA

Calmados mis nervios, des-



ahogada mi natural angustia, me quedé mirándolo. Transcurrió una hora larga. Una hora eterna. Yo me había fumado ya varios cigarrillos, él seguía allí, plantado en el jardín, sin haberse movido ni un milímetro, sin haber siquiera parpadeado. ¿Era esto posible? Nunca lo hubiera creído sin verlo.

Volvió a torturarme la duda de si estaría vivo o muerto... Y me hacía razonamientos que dejaba inconclusos cuando no hallaba argumentos para continuarlos. Un loco —, preguntábame mentalmente —, por el hecho de estarlo, aún cuando se crea un dios, ¿puede permanecer tanto tiempo en esa postura, sin moverse, sin pestañear, sin sentir fatiga, ni la molestia del sol, ni oír nada ni a nadie? ¿Y puede un hombre morir de pie y el cadáver quedar así, rígido, manteniendo el equilibrio con los brazos? Porque Ernesto, parece un muerto... cada vez más... cada vez más...

En efecto, el sol se retiraba y el semblante de mi amigo tornábase, de segundo en segundo, más y más pálido... Se me ocurrió una idea para acabar con aquella angustiosa situación, pero antes, le llamé tres veces persuasivamente unas, con violencia otras:

BURLANDOSE

—Che, Ernesto... ¡Ernesto!... ¡Eh, Ernesto!!!

Y nuevamente asustado, me agaché y tomé del cantero un poco de tierra húmeda; hice una pelota y ¡zás!, la arrojé sobre mi amigo. Le dí en la frente... Lo hice moverse... El barro le había caído sobre una de las solapas. El, bajando los brazos, con una parsimonia que me dejó asombrado, se sacudió el traje, miró en redor sin fijarse en mí, y luego de recomponerse, con un aire de dignidad severa, volvió a alzar los brazos, a extenderlos y a fijar la vista en el vacío. Estaba otra vez inmóvil...

Y ya no pude contenerme. Aquéllo no podía ser serio. Mi amigo, sin duda alguna, estaba burlándose de mí. Subí otra vez al cantero y me fuí derecho a él. Lo bajé violentamente de un brazo, lo zamarreé y poniéndomele de frente, cara a cara, le dije:

—¿Te creés que soy un zonzo...? ¡Pestañeá de una vez, idiota! ¡Bajá ese brazo... ¡Movete...! ¿Me conocés ahora o no? ¿Eh? ¡A ver, levantá la cabeza, mirame, reíte!

Di un paso atrás para verlo mejor, de cuerpo entero. Ernesto, que había dejado caer la cabeza sobre su pecho y los brazos á lo largo del cuerpo, se iba recomponiendo poco a poco... Se movía lentamente. Alzó, al fin, la cabeza y me miró... Su mirada seguía siendo la de un muerto... pero su semblante estaba rosado. Me miró fijamente, un minuto... Me pareció notar una vaga sonrisa, pero muy vaga, y, luego, oí su voz. Una voz extraña, cavernosa, hueca, como de ultratumba...

—"Soy Dios... ¿Qué quieres aquí, humilde criatura humana? Soy Dios... ¿Por qué vienes a arrancarme a mi mundo? Déjame estar... solo... siempre solo... La soledad es el reino, desde donde contemplo mi obra: El hombre... las flores... el sol... los pájaros... ¿Verdad que es muy hermoso todo esto? — preguntó suavizando su extraña voz. Y agregó, en seguida: — Si tu supieras, inocente animalito que me oyes, cuánto dolor, cuánto dolor me cuesta todo ésto que ves... una brizna de hierba... la pluma de un pájaro... el pétalo de una flor... el suspiro de un niño..."

Ernesto hablaba como un autómata. Su voz era una música ronca. Yo, asustado, había ido dando paso tras paso, hacia atrás...

—"Aléjate... sí, aléjate... Vete, mejor, insignificante hombrecillo cuerdo... ¡Vete! Yo soy Dios... ¿Y qué podrías hacer tu a mi lado sino mancharme con tu sombra, acaso romperme con tus manos...? ¡Vete...! ¿Quién te dejó entrar aquí?"

La voz había cobrado de pronto un tono más áspero, pero un timbre humano. Ernesto tenía ya una postura menos rígida y en sus ojos brillaba una mirada de enojo, pero una mirada de hombre vivo, al fin. Rápidamente le respondí:

—Me dejó entrar el médico, Ernesto... Soy Carlos...

Mi nombre pareció conmover íntimamente a mi amigo. Tuve la sensación de que la había tendido un puente hasta el pasado, hasta la razón y agregué lleno de júbilo, aunque siempre con nerviosidad:

—Sí, yo, Carlos... ¿Cómo te va Ernesto? ¿No me conocés...? Vengo a charlar con vos... Mirá que regalo te traje...

Y le tendí la mano mostrando un lápiz, lo primero que hallé a mano, para engañarlo, con ánimo de hacerle recobrar el conocimiento... Ernesto titubeaba... Mejor dicho, libraba una batalla consigo mismo. Era visible su angustia. Se movía, miraba con esfuerzo mi persona, agitaba los dedos de las manos, escuchaba como una voz lejana y sacudía la cabeza como queriendo alejar sombras... las sombras malditas que habían anidado en su cerebro... Al fin, cuando ya creía yo que vendría hacia mí para abrazarme, cayó en un estado como de estupor y tras un largo minuto de inmovilidad, como arrastrándose, como desplegando lentamente unas alas, abrió los brazos, clavó la vista en el vacío y se quedó nuevamente así... inmóvil... como un Dios de piedra, con los brazos abiertos...

DECEPCIONADO

El médico vino a buscarme y me sacó de aquel lugar. Yo estaba decepcionado y no podía reprimir las lágrimas.

—Ya he visto sus esfuerzos... Pero, es inútil, señor. Es un caso que resiste a todas las sugestiones y violencias. Hay que dejarlo así, como quiere él. Naturalmente su locura ha de buscar otras formas de expresión y entonces será posible atacar su mal. Por ahora hay que dejarlo; lo contrario sería mortificarlo y, acaso, dar escape a su locura por conductos que quién sabe adónde le llevarían... Calcule usted que una sistemática interrupción de su éxtasis le enfureciera. En su pobre cerebro trastornado, la idea del crimen germinaría fácilmente. Le torturaría la falsa idea de que es perseguido y en su obsesión vería perseguidores por todas partes. Entonces, esta curiosa forma de locura que hoy padece, y que nosotros ni nos atrevemos a clasificar entre las manías de grandezas ni los estados delirantes simples, porque casi no concebimos que haya ningún demente, por loco que sea, que pretenda ser nada menos que Dios; esta forma de locura, digo, podría confundirse, desaparecer y entonces, habríamos perdido un caso notable que ahora motiva nuestro estudio constante...

—¿Y creen ustedes que lo salvarán? — pregunté, esperanzado.

—¡Oh, eso no...! Pero, al menos, habremos estudiado a fondo el caso y ampliado, si así puede decirse, los horizontes de la ciencia. Si este enfermo mejorase ahora, sería verdaderamente, una desgracia para los psiquiatras... Hay algunos colegas que no atribuyen ninguna importancia al caso, que lo creen tan vulgar como el de los alienados que creen ser reyes, emperadores, sabios, millonarios, genios, etc. Pero, la mayoría de este sanatorio, incluso yo, creemos que no. Y es que hemos observado a fondo al sujeto. ¿Ha notado usted cómo razona con una lógica extraña, con una profunda convicción irrebatible y una amargura verdaderamente digna de un Dios, cuando saliendo de su estado de éxtasis habla con las cosas o consigo mismo? Porque habrá notado usted que él no le dirige la palabra a nadie... Habla para el espacio, para el universo, para los siglos, para el mundo que él ha creado... Si usted oyera sus palabras cuando al oír la garrulería de los pájaros se dirige a ellos y les dice: "Hijitos míos..." Cuando sintiendo el aroma intenso de las flores, al llegar al jardín, les dice: "Dulces florecillas que plantó mi mano para alegría del mundo..." Si, de veras que sería una desgracia que este enfermo curase... o muriese... Yo le observo noche y día y espero tener la suerte de poder diagnosticar antes que nadie...

FRIO Y CALCULISTA

Salí del sanatorio como ebrio. Aquel amigo mío, allí, loco, convertido en una estatua de piedra... Y aquel médico frío y calculista como un comerciante vulgar. Eché a caminar por el amplio veredón de la avenida. Estaba aturdido. ¡Mi pobre amigo Ernesto... mi pobre amigo!

De pronto me detuve. Una verja... Jardín... Pabellones... Estaba en la parte posterior del sanatorio. Me acerqué a los hierros, miré... Sí... Allá, en el fondo, bajo unos árboles, estaba él... Firme, los brazos abiertos, el rostro al sol... Era él, mi compañero de toda una vida; la locura le había asaltado en mi ausencia; dos meses, no más, de separación y el pobre Ernesto había caído. Me aferré a los hierros. Medité. ¿Cómo era posible que Ernesto se hubiese vuelto loco? El jamás había denotado nada anormal. Era un muchacho sano, robusto, equilibrado. Nunca había leído ni escrito mucho, no tenía vicios, ni había padecido jamás ninguna afección sentimental que hubiera podido poner en peligro su salud mental.

¿Qué causas, pues, podían haber determinado aquella catástrofe, si dejamos de lado, como era natural hacerlo, toda posibilidad de un mal específico heredado de sus mayores? Me constaba la pureza de sangre de toda su familia: abuelos, padres, hermanos. ¿En qué pensar, pues? Sólo una podía ser la causa secreta de aquella locura extraña: Yo...

Ernesto había sido mi amigo veinte años seguidos; desde la niñez jamás nos habíamos separado por más de una hora, salvo cuando ambos nos íbamos para nuestras casas a dormir. A veces nuestras despedidas duraban más que los paseos y las charlas; en esos momentos éramos inagotables. Y todavía dejábamos para la próxima vista el tema iniciado. Yo mismo, al irme al campo, por dos meses, experimenté los primeros días una extraña angustia, y luego anduve más de dos semanas como extraviado, como descentrado. Llegué, pues, a una conclusión: Ernesto, abandonado a su vida rutinaria, pero sin mi presencia, sin mi apoyo, empezó a girar sin eje... No halló quién pusiera dique a sus ideas, siempre desorbitadas, abundantes, vertiginosas, que yo, en serio o en broma, cercenaba, destruía, arrancaba sin piedad. Ernesto, sin mí, cayó por su propio peso. Se había habituado a oírme hablar. Seguía mis consejos. Era un niño sobre quien yo influía hasta el dominio total. El, también, sobre mí, tenía ascendiente. Pero yo era más fuerte, más "autónomo", por decirlo así.

Si Ernesto, desde niño, se hubiera independizado de mí, el golpe de mi separación no habría sido más que un mero accidente. Pero, en cambio, le fué fatal. Sí, evidentemente, yo era el culpable de su locura. Y allá estaba él de pie, con los brazos abiertos, mirando al vacío, crucificado en esa tarde tan hermosa y tan triste.

Mi razonamiento posterior fué obscuro, trágico, inconfesable; ni aun ahora podría explicarlo.

Sabed no más que, de pronto, se oyó un disparo, y aquella figura inmóvil que estaba a lo lejos, en el jardín, bajo los árboles, cayó de bruces, con los brazos abiertos, como un pájaro enorme con las alas tendidas, y quedó allí, sobre el césped, como una cruz caída.

* * *

Ahora, aquí, en este refugio de una campiña extranjera, no lo puedo evitar, y cuando estoy solo también abro los brazos y me quedo así, con ellos abiertos, la mirada perdida en el vacío, viendo aquel trozo de jardín, el sol, la sombra de Ernesto alargada en el césped... Creo que no tardarán en llevarme a un hospicio, porque también empiezo a sentir que soy Dios.

ILUSTRO GUIDA — LUIS F. DIEGUEZ

LA MARCHA A TRAVES DE LA VIDA...

Todos comprendemos que nada puede reemplazar al amor y al afecto que por un hombre sienten su esposa y sus hijos.

Sin embargo, es imposible garantizar hasta cuando ese hombre estará presente, para proveer las principales necesidades de su familia.

Nuestro Plan de Prosperidad, proveerá no solamente para esa emergencia, sino que también será su punto de apoyo, proporcionándole un pasar agradable, cuando sus fuerzas comiencen a declinar.

Algunas de las características de nuestro plan, son:

1.° — Un capital saneado para su familia o una renta mensual:

2.° — Una educación garantizada para sus hijos;

3.° — Un capital cierto para cuando se llegue a cierta edad;

4.° — Una renta mensual en caso de incapacidad para el trabajo.

Este Plan de Prosperidad significa alegría para el presente, pues permite librarnos de las preocupaciones, y además, bienestar para el futuro, pues mediante él alcanzaremos a realizar nuestros planes.

Podemos presentarle un plan especial para usted, que sin duda habrá de proporcionarle despreocupación en el presente y un futuro feliz.—Pida informes a



COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

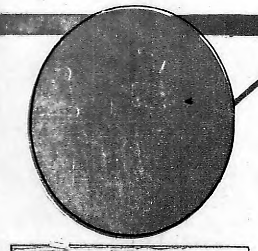
Buenos Aires

★ Garantías reales .... $ 26.988.087,08

Pagado a nuestros asegurados .... $ 26.698.943,87 ★

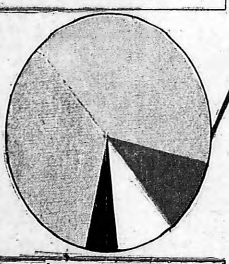
Carlos A. Tornquist
Presidente

J. M. Mascarenhas
Gerente General



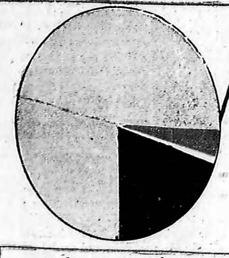
A los 25 Años de Edad

Este círculo indica 100 hombres del promedio al iniciarse en la vida

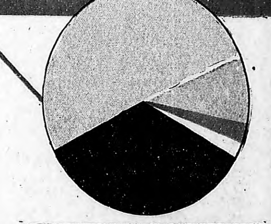


A los 35 Años de Edad
- 5 han fallecido
- 10 son ricos
- 10 viven holgadamente
- 40 viven al día
- 35 no prosperan

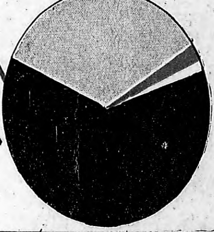
A los 45 Años de Edad
- 16 fallecieron
- 1 es rico
- 3 viven holgadamente
- 65 viven al día
- 15 son mantenidos



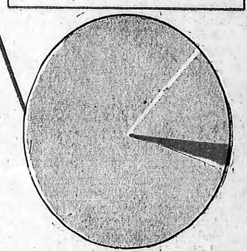
A los 55 Años de Edad
- 20 fallecieron
- 1 es rico
- 3 viven holgadamente
- 46 viven al día
- 30 son mantenidos



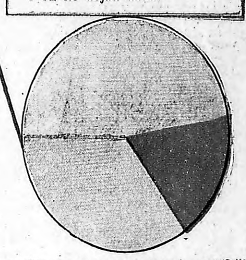
A los 65 Años de Edad
- 36 fallecieron
- 1 es rico
- 4 viven holgadamente
- 5 viven al día
- 54 son mantenidos



A los 75 Años de Edad
- 63 fallecieron
- 1 es rico
- 2 viven holgadamente
- 34 son mantenidos



Patrimonio que dejan al fallecer esos 100 hombres.
- 1 deja fortuna
- 2 dejan para vivir bien
- 15 dejan de 2 á 10.000 pesos
- 82 no dejan nada



Condiciones financieras de 100 viudas
- 18 viven de rentas
- 47 trabajan para vivir
- 35 carecen de recursos

Primeras Revelaciones de los Misteriosos Crímenes y

La ascensión de Billy Pinkert que de espía de guerra llegó ser eminencia policial conocid como "EL OJO" y cuyos clientes eran los más acaudalados, los aristócratas y las personas de gran fama.



FOTOGRAFIA del finado William A. Pinkerton, "El Ojo", temido por los malhechores de todo el mundo. La fotografía lleva su propio autógrafo y fué dedicada con afecto a Harry Ridings, empresario teatral de Chicago, en cuya oficina Pinkerton deleitaba a los amigos con relatos íntimos de su carrera de sabueso, y que duró cincuenta años

FORMAS DIVINAS. — Ana Held, beldad francesa del teatro y la primera esposa de Florenz Ziegfeld (Follies). Los autores de esta serie describen la forma en que le fueron robadas sus joyas de precio fabuloso y cómo William Pinkerton identificó a los ladrones y recuperó el valiosísimo botín



EL ROBO ERA SU FUERTE. — Joseph Reilly, alias Randall y alias Fred Elliott, conocido mejor bajo el nombre de "El Chico Joe". Se casó con Kate Castleton, actriz muy querida del público. Reilly era uno de los malhechores más perseguidos por los Pinkerton

EL IDOLO de Broadway. Fotografía de Kate Castleton, el ídolo del público neoyorquino, tomada alrededor del año 1890. Se casó con "El Chico Joe", pero nunca estuvo mezclada en sus numerosas villanías

50 Años de Nota Roja

LO interesante de estos relatos verídicos de las hazañas del más grande detective que haya actuado en Estados Unidos, es que jamás derramó sangre en la detención de los criminales, asaltantes, ladrones de joyas, violadores de correspondencia y en la infinidad de sucesos en que intervino.

Además, Billy Pinkerton — "El Ojo", como lo conoce la historia — es el primer sabueso policial que actúa con ayuda de la ciencia para descifrar el misterio que casi siempre envuelve la nota roja.

"El Ojo" ha trabajado durante cincuenta años. Y se equivocan quienes creen que la época presente, con Al Capone y las bandas rivales de Dion Bannion, Jack Diamond, Arnold Bostein, dan a esta época la nota más alta de la delincuencia. Nuestros lectores, al seguir semana tras semana nuestros interesantes relatos, obra de los expertos escritores de notas policiales de dos diarios de Chicago — los señores Austin O'Malley y Kent A. Hunter — juzgarán lo que ha sido el vasto territorio de los Estados Unidos desde 1830 a 1880, esos cincuenta años de la ardua actividad de Billy Pinkerton. Empero, Pinkerton no sólo jugó su vida y su reputación en su patria. Actuó, puede decirse, en todos los climas. Sabía Billy Pinkerton, como nadie lo sabía, que, por algo muy raro y coincidente, casi por un destino, el delincuente está ligado al sabueso que le sigue la pista. Por ello, Billy Pinkerton jamás abandonaba su presa. Hasta el fin del mundo tiraba los hilos, que él movía desde su oficina en Chicago. Y, más de una vez, al comentar un gran robo, una magnífica falsificación, el asalto perfecto a un tren, decía con su voz clara y firme: "Eso lo hizo Fulano", "Aquello lo efectuó Mengano". Y rara vez supo equivocarse.

CUANDO a un joven agricultor escocés del Sur de Illinois le robaron su caballo antes de la guerra civil de los Estados Unidos, viajó muchas millas día y noche para poder encontrar al ladrón. Recuperó su caballo y éste fué el nacimiento de la Agencia policíaca Pinkerton. Este sagaz muchacho se transformó pronto en un hábil descubridor de misterios. Poco después se hizo profesional, ganó fama y fué nombrado jefe del Servicio Secreto de los Estados Unidos durante el tiempo de Abraham Lincoln. Su hijo, William, que entonces tenía 14 años, era uno de sus espías. William estuvo en servicio activo por más de 50 años.

Williman residió y murió en Chicago. Era allí el centro de los grupos sociales, financieros, profesionales y artísticos, entre los cuales era muy popular y querido. Pero su rendez-vous favorito, durante muchos años, fué la pequeña oficina del gran teatro de La Opera. Todas las noches charlaba allí con lo que él llamaba su Mesa Redonda, un número limitado de íntimos a quienes deleitaba con sus sorprendentes relatos de criminales y detalles detectivescos geniales. Los oyentes prometían no escribir ni repetir sus relatos.

El grupo comprendía al finado Harry Ridings, gerente del teatro; Ashoton W. Lederer, empresario y productor teatral; al Dr. Francisco W. McNamara, médico del distrito; "Dick" Greiner, joven millonario deportista; Flo Ziegfeld, productor de "Zieghed Folies", cuando se encontraba en la ciudad; H. H. Frazee, magnate del Base Ball; John Barrymore, entonces actor joven de opereta, y Jack Lait, reportero de periódicos que en aquel entonces escribía las noticias policíacas para el "Chicago American".

Ahora, Austin O'Malley y Kent A. Hunter, periodistas de Nueva York, quienes durante muchos años describieron en los periódicos las actividades de los Pinkerton y quienes no están obligados a guardar secretos, empiezan una serie de relatos que hacen parecer insignificantes a todas las historias policíacas escritas hasta ahora. Las narraciones han sido recopiladas por Lait, quien las había oído antes de labios de "El Ojo" mismo.

Lo que revelará esta serie

Ningún grupo aislado de hombres ha tenido nunca un efecto tan poderoso sobre el crimen y los criminales como Allan Pinkerton y sus hijos. Su foja de servicios, que cubre más de tres cuartos de siglo, es fantástica por su variedad y colorido. El propósito de esta serie de artículos es iniciar al público lector en el secreto de sus miles de hazañas detectivescas, hasta ahora celosamente guardado.

Sus actividades se desarrollaron en suelo americano y en el extranjero, desde antes de la Guerra Civil hasta el presente. Han intervenido en toda clase de crímenes. Aquí damos las fases principales de su carrera como se relatarán en estos artículos.

Investigaciones de robos a bancos y trenes; robos a hoteles, el recobro de valiosas joyas, pinturas y objetos de arte; arresto de falsificadores de cheques, forzadores de cajas de seguridad, ladrones de diamantes y de cartas, rateros, asaltantes, ladrones de bancos y falsificadores; la lucha contra la corrupción policial; descubrimiento científico de las impresiones digitales, análisis de las alteraciones en los registros carcelarios, chantage, intercepción de líneas telefónicas; exterminación de cuadrillas de bandoleros; las Molly Maguire, mujeres criminales. Los Pinkerton trabajan en cooperación con los grandes servicios de detectives de Gran Bretaña y Francia.

¡Manos arriba!

Esta corta frase, seca como el sonido de un disparo, era el epígrafe estampado debajo de un torvo dibujo en la pequeña oficina oculta de Billy Pinkerton, en Chicago.

El dibujo parecía amenazar a todo el mundo desde la pared en que estaba colgado. Mostraba a un asaltante enmascarado y apuntando con su revólver. Rudo como era el dibujo, había en él algo de mágico. Desde cualquier punto donde se le mirara parecía apuntar siempre exactamente en la dirección del que lo contemplaba.

Naturalmente, era sólo una ilusión de óptica, pero daba un ejemplo de la máxima favorita de Billy, la llave psicológica sobre la cual había construído su extraordinaria profesión:

"No importa lo débil que usted pueda ser, usted puede siempre llegar a dominar a un hombre más fuerte haciéndolo sentirse inferior a usted".

En otras palabras, los ojos de un bandido pueden ser esencialmente débiles, pero póngaseles detrás de una máscara y se transforman en terribles, dominantes, aterradores, Billy Pinkerton era un hombre fuerte. Sin embargo la verdad eterna de su proverbió lo impresionaba tanto que adoptó un ojo mirando fijamente, como el emblema de su agencia. Con el tiempo, él mismo llegó a ser conocido en todas partes como "El Ojo". Y el lema que acompañaba al ojo era "Nunca dormimos".

El original del dibujo del bandido era cierto individuo llamado Frank Shercliffe, un malhechor del Oeste, de triste fama, uno de los muchos a quienes Pinkerton esperaba reformar.

Entraban enmascarados

Huérfano a los diez años, Frank se convirtió inevitablemente en ladrón. Cuando Aurora, la población en que vivía, se hizo poco saludable para él, se dirigió a Omaha, en donde sentó sus reales. Shercliffe es una figura importante para el criminólogo por una razón: Inventó su propia técnica en los asaltos. Su método era el siguiente: tomaba un tren como cualquier simple pasajero y se sentaba quietamente en el carro situado detrás del que intentaba robar. Cuando el tren se encontraba en un sitio solitario, Shercliffe se iba aproximando al carro delantero.

Una vez en la plataforma, echaba llave a la puerta del carro que acababa de dejar y corría a la puerta del carro delantero. En seguida saltaba al techo de este último y entraba a él por la puerta delantera, debidamente enmascarado. "Arriba las manos!!" gritaba en un tono que hacía helarse la sangre. Las víctimas de Shercliffe declaraban después, invariablemente que CADA UNO había tenido la impresión de que los ojos y el revólver del bandido se dirigían a EL o ELLA INDIVIDUALMENTE.

Los Pinkerton determinaron poner fin a este bandidaje al por mayor en los trenes. Distribuyeron a treinta individuos armados hasta los dientes en la lista ferroviaria en que operaba Shereliffe; esta vigilancia se sostuvo por espacio de 6 meses. En todo ese tiempo no se intentó ningún robo pero en cuanto los guardias fueron retirados de los trenes, una remesa de oro de $ 65.000 fué robada a un mensajero cuando el tren se encontraba a una hora de Omaha.

"El Ojo" renovó sus operaciones. En esos tiempos de rudeza, la opinión pública no se rebelaba de manera tan fácil en contra de los malhechores. Pero la muerte de un cantinero en una taberna de Nevada—en que se podía notar la fina mano de Shercliffe — colmó la medida. Se formó una partida de fuerzas civiles y con la valiosa ayuda de Billy Pinkerton, Shercliffe fué arrestado en 1893. Fué condenado a diez y siete años de cárcel.

Pinkerton había descubierto por casualidad el efecto psicológico de la máscara.

Billy hizo experimentos y descubrió que el ardid era práctico. El efecto sobre sus propios métodos fué poderoso. Su lema original había sido:

"No hay que alardear ni hacer movimiento alguno contra un criminal hasta no contar con una evidencia completa".

—"Shercliffe me enseñó, dijo Billy, que la convicción de culpabilidad es tan importante como la evidencia misma, para resolver un caso".

Se hace detective

¿Cómo se convirtió Pinkerton en detective? En la introducción de este artículo se da una breve descripción; pero los detalles son aún más fascinantes para el lector. Allan Pinkerton, el padre de Billy, había fijado su residencia en Kane County, Illinois, en 1845. Un año después, en Dundee, nació el pequeño Billy y sus canciones de cuna seguían el ritmo de los martillos de la fábrica de barriles en que Allan Pinkerton trabajaba como tonelero.

Dinero falsificado

Cuando el niño tenía tres años, su padre recibió una suma de dinero falsificado, en pago de una cuenta. Allan siguió la pista a los falsificadores hasta una isla en el río Fox, armado de una carabina, los arrestó él solo y los entregó a las autoridades. El efecto de este episodio en la mente del niño podrá imaginarse fácilmente. Hubo otras varias hazañas parecidas llevadas a cabo por Allan Pinkerton.

Un humilde origen

Estos hechos tuvieron gran importancia. Formaron la base de la carrera policial de fama internacional que más tarde haría ilustre y temido el nombre de los Pinkerton. Es curioso, considerando el humilde origen de Billy Pinkerton, pensar cómo en su madurez llegó a ser tan buscado por los grandes en todas las actividades de la vida. Era compañero y confidente de notables personajes de sociedad, y de las más ilustres estrellas del teatro. Los miembros de la nobleza consideraban un honor alternar con él y consultarlo profesionalmente. Por ejemplo, tuvo que intervenir en casos relacionados con Lady Curzon, el finado senador William A. Clark, quien construyó la maravillosa "mansión de los nueve días", en la Quinta Avenida, en New York; trabajó para Florence Ziegfeld, Jr., maestro de las "Follies".

Billy tenía un cariño nato por la gente de teatro. Consideraba a Billie Burke (esposa de Florence Ziegfeld) y a Lillian Russel las más grandes artistas que había conocido. Y es interesante notar que una de las primeras veces que tuvo oportunidad de aplicar sus principios de ardides policíacos fué para impedir el robo de las joyas de Miss Russell.

La rubia Lillian, el ídolo de los music halls de aquellos tiempos acababa de salir de un ascensor del antiguo hotel Stratford, de Chicago. Billy estaba sentado en el hall. Su mirada se dirigió a la actriz que iba elegantemente vestida y cubierta de joyas. Ella se acercó al maestro de los detectives, con una radiante sonrisa. Pero él la recibió irritado y frunciendo el ceño. —¿Cuántas veces le he dicho que no salga con todos esos diamantes encima, Lillian? — le preguntó en tono bajo pero exasperado. — Usted es simplemente una tentación ambulante para los ladrones.

Miss Russell se encogió de hombros y empezó a burlarse; pero Pinkerton levantó una mano, para indicarle que sabía lo que iba a decir. — ¡Ya sé, ya sé, usted no ha sido nunca robada, pues dos de mis detectives la han seguido durante sus presentaciones en público! Pero — agregó— ¿se ha fijado en esos dos lavadores de ventanas que todo el tiempo están ansiosos de limpiar sus ventanas?

Dos limpiadores

La estrella dijo que en efecto no se había fijado. Su camarera personal, sin embargo, recordaba perfectamente a los dos hombres. Pinkerton llevó a Miss Russell a su oficina. Allí le mostró una colección de fotografías de delincuentes. Instantáneamente la camarera separó dos caras familiares. Eran las fotografías de los pseudos limpiadores de ventanas conocidos por la policía como Bill Burke, alias

Por Austin
y Kent A

Asaltos Descubiertos por la Ciencia de los PINKERTON

EN CUALQUIER ANGULO EN QUE USTED ESTE COLOCADO, ESOS OJOS LE MIRARAN Y ESE REVOLVER SIEMPRE LE ESTARA APUNTANDO

LA INSPIRACION DE "EL OJO". — Concepción del famoso dibujante Luis Biedermann, representando el cartel de Billy Pinkerton que lo hizo popular y temible entre los malhechores. El original del dibujo fué Frank Shercliffe, de triste fama como asaltante. Sus actividades se describen en este artículo

abro de Chicago y Jack Arthur, alias ton Jack.

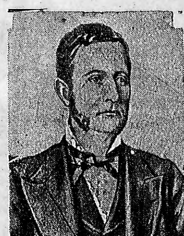
ntonces Pinkerton hizo algo caracteeamente audaz. Colocó en el departa- o que ocupaba Miss Russell en el ho- no de los carteles con el ojo emble- de su agencia. Bill and Jack no se entaron más. Sabían muy bien lo que habría ocurrido si volvían.

ste fué un eco de los días en que el padre del joven Billy Pinkerton hizo su primer gesto como detective. De una manera modesta inició un servicio de vigilancia en Chicago. Chicago estaba empezando a crecer y mostrar signos de la tremenda expansión que alcanzaría en los cincuenta años siguientes. Grandes extensiones empezaban a ser ocupadas por constructores de casas, pequeños comerciantes y grandes almacenes. En estas zonas los policías eran desconocidos y por consiguiente, existía el peligro constante de los ladrones.

El perspicaz Allan

El perspicaz Allan Pinkerton concibió una idea brillante. Vendería protección, al igual que cualquiera otra mercancía, a sus conciudadanos inofensivos. De acuerdo con esto, por una suma estipulada garantizaba a sus clientes que estarían a salvo de robos. Y es una vanagloria justificada por los archivos de la agencia actual el hecho que desde 1852 hasta 1859, ningún "cliente" de Pinkerton perdió un solo dólar que no hubiera sido recuperado más tarde.

Es cierto que dos veces entraron ladrones en joyerías protegidas por Pinkerton, pero las dos Allan siguió la pista a los ladrones y volvió triunfando después de haber recuperado el botín. Después de la segunda incursión determinó ensanchar las actividades de su agencia. En su muestra se leyó desde entonces: *"Servicio de vigilancia e investigación de delitos"*. Sobre la leyenda se leía el acerado ojo azul que constituía el emblema registrado en la agencia. *"Nunca dormidos"*, era el lema. Estaba destinado a dar la vuelta al mundo y a hacer estremecerse de terror a toda clase de malandrines.





FRECUENTE presa de Billy. En la galería de malhechores de Nueva York existe la fotografía de Walter Sheridan, alias Ralston, alias Keene, uno de los muchos malandrines a quienes perseguían los Pinkerton. Sheridan era un famoso falsificador de billetes y ladrón de Bancos e imitador de firmas

BUSCADO por falsificación. Robert A. Pinkerton arrestando a Sheridan (tomado de un grabado de la época). Nótense las modas de aquel tiempo

Mientras tanto, el joven Billy crecía. La nación fué lanzada al infierno de la Guerra Civil. A pesar de lo trágico que fué, dió una gran oportunidad al viejo Pinkerton. Puesto en contacto con el general McClellan, el detective escuchó respetuosamente la sugestión de que estableciera un servicio secreto en el ejército. Pero Allan insistió en que se le diera carta blanca y sus deseos fueron satisfechos.

Jefe de los espías

—Si llego a fracasar — dijo Pinkerton al general — écheme del servicio con camas y petacas. Nunca fué echado, por el contrario, cuando se firmó la paz, en Appomatox, él era todavía jefe del servicio secreto en el ejército del general Grant.

Billy Pinkerton tenía catorce años cuando su padre se convirtió en "El Ojo" de la milicia. Le faltaban dos años para poder enrolarse, pero él imploró a su padre: — Permítame trabajar con usted como agente secreto.

Billy no soñaba entonces, mientras se escondía en zanjas y graneros para escuchar las conversaciones del enemigo, que más tarde llegaría a ser un hombre famoso y el amigo de muchas otras personas famosas también. La intimidad de Pinkerton con Flo Ziegfeld se ha mencionado a la ligera. "Ziggy" estaba en ese tiempo casado con Anna Held, la exquisita beldad francesa, notable en aquellos inocuos tiempos teatrales, por sus canciones un tanto picarescas.

Los Ziegfeld se dirigían al Este, procedentes de Chicago, en donde ella había obtenido un éxito personal tremendo. Hacía poco se habían casado y naturalmente estaban muy enamorados el uno del otro.

"Hombres de negocios"

El resto del pulman en que viajaban estaba ocupado por los miembros de la compañía de Miss Hed, con excepción de dos secciones en un extremo. Allí iban sentados cuatro hombres de aspecto próspero que aparentemente realizaban un viaje nocturno a Cleveland, Ohío, para llevar a cabo una transacción comercial. Los Ziegfeld ocupaban otro compartimiento.

A la primera llamada para comer, la mayoría de los pasajeros abandonó el carro. Los "hombres de negocios" se quedaron atras. También se quedaron Anna Held y su esposo. No tenían mucho apetito. Eventualmente, sin embargo, decidieron comer. Se dirigieron al carro comedor, dejando instrucciones a la criada francesa de Miss Held de que se encerrara con llave en el compartimento. Las joyas de Anna, de un precio fabuloso, quedaron a su cargo en una maleta negra. Cuando la pareja se alejó un hombre llevando una gorra de conductor golpeó en la puerta pidiendo los billetes.

La doncella francesa se asustó, pues no comprendía el inglés. Entonces, uno de los "hombres de negocios" se adelantó para servirle galantemente de intérprete ya que él también hablaba francés. Cuando se hubo arreglado la dificultad, la doncella regresó al compartimento, que había permanecido abierto. La maleta negra todavía se hallaba allí.

A la mañana siguiente, la troupe de Ziegfeld desembarcó en Cleveland. Una vez en el hotel, Mr. Ziegfeld abrió los broches de la maleta negra. — ¡Cielos, Anna! — gritó — hemos sido robados! — La maleta había sido saqueada y se había reemplazado su contenido con cajas de cigarros y papeles para que no se notara la diferencia en el peso. Mientras Anna Held se desmayaba, presa de un ataque histérico, los detectives de Cleveland eran puestos en antecedentes del robo y se notificaba a las autoridades ferroviarias. Las joyas valían 200.000 pesos.

UNA NOBLE matrona. ¡No! Esta fotografía en una fehaciente prueba de que la vieja teoría de que los criminales muestran en en sus facciones sus bajos instintos, es falsa. Esta mujer es Sofía Lyons, "Reina de los chantagistas". Fotografía tomada en las postrimerías de su vida

Sin ninguna pista

La policía no tenía ninguna pista de valor que seguir. Entonces "Ziggy" le envió un telegrama a Billy Pinkerton, quien se encontraba en Chicago, y "El Ojo" empezó a ocuparse del asunto. Billy le telegrafió a Ziegfield: "¿Prefiere recuperar las joyas intactas u obtener el castigo de los ladrones?". Ziegfield replicó: "Consiga las joyas. No se ocupe de los ladrones". Pinkerton recuperó las joyas.



PUESTO A RAYA. Arnold Rothestein, hombre de vida dudosa y maquinador de delitos de Nueva York, jugador y jefe de malhechores, a quien Billy obligó a devolver a su dueño 200 mil pesos, que Rothestein había estafado a un empresario teatral en una apuesta relacionada con el baseball. También lo hizo retirarse de los principales hipódromos de los EE. UU.

No había transcurrido todavía una semana cuando uno de los "hombres de negocios" que viajaban en aquel tren de Chicago, entraba a la sucursal de Pinkerton en Nueva York. Saludó afablemente a Seymour Buetler que se encontraba a cargo de la oficina. —¡Hola, Jack! — le dijo Buetler — ¿Cómo marcha el negocio de lavar ventanas? — El otro hombre se vió en aprietos. Trató de protestar pero Buetler movió una mano demandando silencio. — No sería bueno — continuó — si "El Ojo" te achacara este asunto de Ziegfeld. Y a este efecto: "Ziggy" ofrece una recompensa de 20.000 pesos por la devolución de sus preciosidades. — Boston Jack lo pensó un rato. — Muy bien, Seymour, te veré más tarde — le dijo. En doce horas había conferenciado con Bill Burke, Charle Sachs y Jimmy Reilley, tres de los más notables "hombres de negocios" del mundo. Dos días después, Boston Jack y "El Ojo" entraron en conferencia. Se hicieron complicados arreglos para la devolución de las joyas a Ziegfeld y para el pago de los 20.000 pesos. Todo se llevó a cabo como sobre ruedas.



Los Hechos Más Famosos de la Delincuencia

DEBEMOS adelantar a nuestros lectores que lo que publicamos hoy en este suplemento es un introito documental de las primeras revelaciones sobre los crímenes clásicos — misterios y ciencia policial tomados de los archivos de los Pinkerton. — Los periodistas norteamericanos que han extractado los mejores sucesos de las famosas pesquisas de los hermanos Pinkerton — aunque en ellos siempre acredita preponderancia superior Billy Pinkerton — en esta primera parte del relato, sólo hacen una presentación de personajes, los primeros pasos de los héroes de su novela.

En los próximos números, que verán los lectores de JORNADA en las ediciones de los sábados, ya se penetra bien adentro de lo más jugoso que se haya escrito en estos últimos tiempos en los Estados Unidos, en materia de nota policial.

Es así que desfilarán hechos famosos de la delincuencia mundial, como ser el robo [illegible] del célebre óleo del pintor inglés Gainborough, conocido por "La Duquesa de Devonshire", el de las joyas de la gran actriz Lillian Russel, el espectacular rapto de la princesa belga Caraman Chimay, por parte del violinista gitano Janczy Rigo. Un sabueso de Pinkerton da con el paradero de la pareja en pleno idilio amoroso. Otro de los capítulos es dedicado a la acción que como espía de Lincoln realizó "El Ojo", en la guerra civil de Norte contra Sur, y, finalmente, la historia de Goldstein, rey del hampa norteamericana. Según la expresión del viejo Billy Pinkerton, el asesino Goldstein era, por su genio para el mal, un digno rival. Pinkerton, el Grande, lo admiraba. Goldstein se codeaba con el hampa, pero también con la aristocracia. Mantuvo trato con el senador Clarke — representante de Wyoming —, con lady Curzon, dama vinculada a la sociedad argentina, y con el millonario Coleman Drayton.

tinO'Malley
A Hunter

Argentina y la A. del Sur

CLARIVIDENCIA

En Busca de Una Casa - Motocicleta Guiada por Telepatía

Consejo a los Tímidos

ILUSTRO N. Seditsira

ALGUNOS años antes de la Gran Guerra, un pariente mío, que tiene un destacado lugar entre los ingenieros de mi país, consultó a una clarividente que no le conocía y con quien tuvo la precaución de ocultar su verdadero nombre.

En pocos minutos ella le había descrito una gran mina de carbón, en la cual se estaba formando una cantidad enorme de gas, que significaba un gran y próximo peligro si no era extraído prontamente. El consultante se impresionó enormemente por esta descripción, porque efectivamente en esos momentos dirigía una mina de carbón que muy pronto debía inspeccionar para comprobar la existencia de gas. A consecuencia de esto el gas fué extraído, justamente con el tiempo necesario para evitar un gran desastre.

EN BUSCA DE UNA CASA

Durante la guerra mundial los combates aéreos significaban el mayor de los peligros para los habitantes de las ciudades y me preocupaba enormemente el encontrar una casa que estuviese situada lejos de los lugares peligrosos. Después de dos meses de infructuosas búsquedas, repentinamente recordé la existencia de esta clarividente y me decidí a consultarla. Envié a mi esposa, en vista de que nuestros medios normales habían fallado y que para el difícil momento era necesario casi, consultar y buscar ayuda en lo supernormal. Yo, francamente, no esperaba ningún resultado satisfactorio de estas consultas, y lo hice sólo compelido por la sugestión que todo esto ejerce en nuestro pensamiento en los momentos de duda y desesperación.

Mi esposa regresó y esto es lo que me dijo. Yo tomé nota cuidadosa de los datos verbales que me transmitió y que fueron éstos:

UN REGALO

"No empleen en buscar lo que necesitan ninguna clase de agencias, pero sí pongan avisos en los diarios y tendrán lo que necesitan dentro de unos diez días, a contar de hoy. Ustedes deben pasar por unas colinas arenosas para llegar a la casa que buscan. Estará en una colina con el mar a las espaldas. Cerca hay un río y muchas rosas crecen a los lados de la casa. Deben trasladarse a ella, tan pronto como la encuentren y las cosas se harán de la manera más fácil, casi amigable. Ustedes en todo caso, deben llevar un regalo a los dueños de la casa. Cuando usted regrese hoy a su casa, encontrará en ella un huésped inesperado. Es un amigo de su esposo. Es rubio, muy aficionado a la música. Tiene un mechón de cabellos que siempre le cae sobre la frente cuando juega. (Aquellos que estuvieron en la División 24 y se acuerden de los "Snipers" (tiradores) quizás puedan reconocerlo).

LOS DIEZ DIAS

Cuando mi mujer volvió a casa me encontró tomando el lunch con mi amigo. Había llegado a mi casa esa misma mañana. Sin embargo había una cosa que no estaba bien. Mi amigo, que se había hecho cortar el cabello muy bajo y el mechón que caía sobre la frente, ya no existía.

Sobre el aviso que debíamos insertar en los diarios, yo opté por seguir al pie de la letra las instrucciones traídas por mi esposa, y si lo visto por la clarividente era verdad, pensé que muy bien podíamos hacer este aviso describiendo el reflejo de la realidad, obtenido por la clarividente; y finalmente, lo hice, sin ahorrar palabras y poniendo todas las que hacían falta para describir la casa soñada. Esta descripción ocupó casi dos pulgadas en la sección avisos del "Times", y considerando las poquísimas casas que se alquilaban, un pedido con tantos detalles y condiciones, resultaba casi una cosa fuera de lugar, impertinente.

A los diez días recibimos una carta (con fotografías inclusas) en la que nos aseguraba su firmante que su casa llenaba las condiciones pedidas en nuestro aviso. Y efectivamente era así. La descripción de la clarividente, se vió confirmada en todos sus detalles. El propietario, debido a su esposa y a él mismo, no podía vernos personalmente, de manera que nosotros tuvimos que ir a ver la casa, esa misma noche, llevándole dos frascos con mermelada hecha por mi mujer. Y debo advertir que, en ese tiempo, el azúcar se daba sólo por raciones y en forma muy estricta, y la mermelada era un verdadero lujo.

LOS RAIDS AEREOS

Por ese entonces estaba muy interesado por las respuestas de la clarividente y la hice llamar.

Ella vino, y ésta es la conversación que con ella sostuve, desde el momento en que entró en la habitación y antes de que tuviese la oportunidad de estrecharle la mano:

Clarividente: — Tengo un mensaje para usted. Es de mucha importancia y le debo advertir que jamás cometo errores cuando recibo mensajes audibles. Por ninguna razón su mujer debe dormir en esta casa de tal a tal fecha. (He olvidado las fechas exactas).

Yo: — ¿Por qué?

Clarividente: — Yo no sé.

Yo: — ¿Raids aéreos, acaso?

Clarividente: — Puede que sea eso; pero yo no sé más de lo que le he dicho.

Yo: — Debo entonces enviar a los míos más lejos?

Clarividente: — No, el mensaje sólo se refiere a su esposa.

—Yo: ¿Será destruída la casa?

Clarividente: — No.

En las fechas indicadas por la clarividente, hubo un ataque aéreo furioso, y las calles que estaban muy próximas a la nuestra fueron totalmente destruídas por las bombas.

NIÑO ENFERMO

Dos meses más tarde mi hijo nació, y como consecuencia de los raids aéreos que precedieron a su nacimiento, pasaron muchos años antes que pudiera resistir los ruidos fuertes. Yo estaba dispuesto a enviar a mi esposa acompañada por su hermana, fuera de Londres, pero no lo cumplí, aunque debí haber obedecido estos avisos dados con tal insistencia, y si así lo hubiera hecho nada tendría hoy que lamentar.

UNA EXPLOSION

Mi más reciente experiencia y más interesante, la obtuve en el restaurant francés Soho, al cual solía ir a menudo a almorzar o comer, acompañado por mi esposa. Estábamos comiendo más tarde de lo acostumbrado, cuando el patrón se nos acercó y nos señaló una pareja que estaba muy próxima a nosotros, añadiendo que el hombre era muy conocido por la especial habilidad de guiar motocicletas y caminar con los ojos vendados, empleando la telepatía, ayudado por su esposa. Me interesó mucho este caso e invité a la pareja, que aceptó, a tomar los licores y el café conmigo.

El nos refirió un sinnúmero de extraordinarios e interesantes casos. Nos dijo que había sido siempre un hombre normal hasta que fué gravemente herido en la cabeza por una explosión durante la guerra mundial. Yo no quiero dar a conocer todos los detalles y anécdotas que nos refirió, puesto que no me constan.

Le pregunté si también tenía poderes clarividentes.

Me contestó que no tenía ninguna razón que le hiciese creer eso. El se había encontrado dotado de sutiles poderes telepáticos, y que los usaba con la misma naturalidad como cualquier otro hombre que no los tiene, y que vive en iguales condiciones que él.

Le solicité me permitiera, entonces, hacer uno o dos experimentos. Aceptó con la condición de que al vendarle yo con una servilleta apretara muy fuerte el nudo que quedaba detrás, para que así pudiese ejercer presión, la mayor posible, sobre un pedazo de shrapnel que tenía en la región occipital del cerebro. Me dijo que esta presión le ayudaba mucho para agudizar sus aptitudes telepáticas.

La primera prueba que le hice fué que leyese el número de un billete que puse en sus manos. Yo creo que él leyó este número en el preciso momento en que yo lo leía, antes de entregárselo, pero, en definitiva, nada puedo decir, puesto que no quise repetir este experimento. Me había dado el número y las iniciales, correctamente.

PRUEBA DIFICIL

La otra prueba fué mucho más difícil.

Yo tenía en el bolsillo una carta que acababa de recibir de la señora Dora Gordon, cuando estaba en Estados Unidos. La puse entre sus manos y le pregunté dónde se encontraba en ese instante la persona que escribió dicha carta.

Había escogido esa carta deliberadamente entre otras muchas cosas que llevaba en los bolsillos por la siguiente razón:

Yo sabía que la señora Gordon esta en París en ese momento y quería ver si, como cualquier novicio, sufriría un erro al sentir la influencia de América, que la carta traía.

He aquí el resultado:

"Esto es de una señora (aquí hizo la descripción detallada de la señora Gordón). Está más allá del mar. No lejos de aquí. Está en París. Vive en una habitación muy espaciosa (describió con grandes detalles el estudio de la señora Gordon, que yo conocía perfectamente). Está enferma.

CARTA REVELADORA

No tuvo ninguna impresión de Estados Unidos, y esto es muy común en los muchos casos en que he intervenido, sobre todo tratándose de cartas psicométricas. Yo nunca había obtenido un resultado como este en que el sujeto psicométrico pueda recibir la influencia de la misma persona que ha escrito la carta, pues a menudo esta influencia se refiere al momento mismo en que la carta ha sido escrita. Siempre los psicómetras describen el carácter y la apariencia de la persona que ha escrito la carta y refiriéndose siempre al momento mismo, y algunas veces he visto que describen perfectamente personas que viven en la misma casa.

Yo no tenía la menor idea de que la señora Gordon estuviese enferma, pero tuve la confirmación de esto por una carta que recibí una semana más tarde. Esto es una de las pruebas más tangibles que he obtenido durante mis experiencias. Lo demás puede ser explicado por el poder telepático de que estaba dotado y que lo tenía desarrollado en sumo grado.

ADVERTENCIA

Mi experiencia en la clarividencia y en otras ramas del psiquismo no siempre está delimitada por mis investigaciones personales, pero incluye un enorme conocimiento de los efectos de estas búsquedas para el futuro, pues lo poco hasta ahora conocido ha sido recogido de entre numerosas personas, y es por esta razón que creo necesario decir algunas palabras de aviso.

Yo sólo me he constreñido a los hechos y dejo a los lectores que busquen ellos las conclusiones.

La profesión del clarividente, así como la medicina o las leyes, no pueden estar sujetas al control de un cuerpo central que pueda escoger los malos elementos que en su organización existan. Esta es una profesión en la que mayores fraudes se cometen y en la que personas mal intencionadas pueden obtener las mejores oportunidades para ejercitar sus malas artes.

LAS PROFECIAS

Si la primera experiencia se hace con un clarividente verdadero, es muy posible que seamos sorprendidos por preguntas que no siempre escuchamos con gusto. Eso bien puede ser, pero a las preguntas que sigan, las cosas serán diferentes.

El tiempo pasa y la mayor parte de las profecías se transforman en verdades porque, para nosotros, habrá sido imposible olvidar "las cosas desagradables" que nos profetizaron. Muchas de estas cosas no son siempre bien definidas y hay entre ellas pequeñas diferencias.

Un serio accidente a un miembro de nuestra familia, el divorcio, la ruina, éstas son las profecías en las que menos riesgos corren, y cuando nos encontramos con un real clarividente la disparidad que encontramos será de tres a uno en las previsiones verdaderas, exactas.

EL ROMANCE DE UN FILOSOFO

Por D. AISMAN

Traducido del ruso por R. L. de Dorfman

CUANDO yo era muy joven e inexperto y vivía en París, dedicándome al estudio de la filosofía, me pasó un caso triste que, sin embargo, me sirvió de impulso para formar una opinión poco ventajosa sobre las mujeres.

Una magnífica tarde primaveral estaba yo sentado en mi buhardila, preso de infinita tristeza.

—¡Dios mío! — decía para mis adentros. — Los almendros están en flor, el cielo azul es delicioso, las palomas arrullan con pasión y todas las veces que encuentro a Mariette la chica me mira con una sonrisa misteriosa...

El texto de filosofía se cayó de mis manos y yacía en el suelo, sin que yo me diera cuenta de ello... Mi compañero de pieza, Gornostaev, permanecía silencioso y, por falta de modelo, pintaba por centésima vez el único paisaje que se veía desde nuestra ventana, a saber: el techo y los gatos que se paseaban por él. De vez en cuando tomaba un pedazo de espejo y contemplaba con suma atención su fisonomía trigueña, haciendo muecas y gruñendo. Este tonto de Gonostaev siempre sale con algún disparate... De repente exclama, dirigiéndose a mí:

—Oye, filosofía, ¿qué tal? ¿En qué estás pensando?

—En lo que me da la gana — contesté.

No tenía dseo de hablarle con franqueza, pues sabía que tenía la costumbre de burlarse de mí.

—¿No quiere contestar? — preguntó mi compañero descontento.

Acto seguido pronunció con aire feroz:

—Averroes induce que la substancia de la existenia apercepirada por el substracto del solipcismo diferencia de la crítica de la razón pura de Kant...

Dijo este absurdo para herirme en mi amor y veneración a la ciencia. Pero no logró su propósito, pues no me di por aludido y seguí guardando silencio.

—Es así precisamente como induce Averroes — gritó Gornostaev. Pero este filósofo puede defender su causa cuanto se le dé la real gana, puede hasta reventar, y sin embargo nunca estaré de acuerdo con él y seguiré afirmando que la primavera reina tanto en la naturaleza como en mi corazón y que el arrullo de las palomas acabará por volverme loco...

Mi compañero se puso de pie, tiró la paleta sobre su cama y miró con tristeza a través de la ventana.

—Sí — contestéle con aire soñador. — Llegó la primavera... los almendros florecen...

—Y cerca de nuestra pieza vive Mariette — interrumpióme Gornostaev.

—Sí — afirmé. — Ella ocupa la pieza número once.

El pintor me miró con asombro, guiñó un ojo y dijo con tono burlón:

—Qué observadores se han vuelto los filósofos de hoy en día.

Me arrepentí de haberle descubierto mis íntimos pensamientos. Efectivamente, en calidad de filósofo, no me correspondía demostrar interés por semejantes cosas. Para rehabilitarme y comprobar mi completa indiferencia, levanté del suelo el libro de filosofía y me puse a leerlo con fingida atención.

EN LA BUHARDILLA

—Mariette es mucama de la condesa que ocupa el primer piso de esta casa — prosiguió entretanto Gornostaev. — Por falta de lugar en dicho departamento la chica duerme en la buhardilla de su tía, una vieja alta y fea, con cara de fiera, que siempre mastica tabaco.

Los informes arriba mencionados sobre Mariette ya existían en mi bagaje científico, pero esta vez fuí más prudente y me guardé muy bien de descubrírlos ante Gornostaev.

—A mi parecer — dijo el pintor — ya que el pícaro destino nos ha metido en este maldito país extranjero, tiene la obligación de recompensarnos por lo menos con la benevolencia de Mariette. ¿Cuál es la opinión de Averroes al respecto?

No cabe duda de que el eminente sabio no se interesaba en absoluto por aquella cuestión; en cambio, el joven filósofo, que en aquel entonces se dedicaba al estudio de sus obras, pensaba que Mariette tenía la garganta más blanca y delicada que cualquierar otra mujer en el mundo...

—Ayer al encontrarme con Mariette en la escalera — prosiguió Gornostaev — quise abrazarla, pero la chica me dió un codazo...

Sólo entonces me fijé en que mi compañero tenía un ojo hinchado y rodeado con una mancha azulada. Me regocijé interiormente diciendo para mis adentros: "Bien merecido lo tienes, sinvergüenza"; pero en alta voz le dije:

—Eres demasiado atrevido con las mujeres y has merecido tu castigo.

—¿Y por qué no habría de ser atrevido con las mujeres?

—Porque a ellas no les agrada esto.

—¿Eso lo dijo Averroes?

HOMBRE CINICO

No me digné contestar a ese hombre frívolo, cínico, jactancioso y presumido, que siempre habla de valentía, la que confunde con la grosería y el atrevimiento. Me absorbí en los ensueños y una dulce esperanza surgió en mi corazón... "Mariette no es una frívola mucama parisiense", decía para mis adentros. "Es una criatura modesta; tiene unos ojos tan inocentes y una voz tan ingenua...! Es cierto que es un poquito torpe y se conoce en seguida que acaba de llegar de la aldea, pero en cambio, de todo su ser emana el aroma de las vastas praderas... ¡oh, Mariette!, ¡oh, el adorable azul del cielo primaveral!... ¡oh, las blancas flores de los almendros en los jardines y el armonioso arrullo de las palomas en el techo de la buhardilla!".

A la tarde del mismo día, al pasar por el corredor, encontré a Mariette. Me descubrí respetuosamente y la muchacha me devolvió el saludo, acompañándolo con una sonrisa inocente en la que se concentró el aroma de todas las flores primaverales...

—¿La señorita vive en la pieza número once? — preguntéla con tono cortés.

—Sí — contestó intimidada.

"Puesto que todo el mundo la trata como a una sirvienta, mi cortesía ha de agradarle".

Hecha está reflexión tomé la decisión de aumentar el grado de mi trato respetuoso para con Mariette. Aproveché la oportunidad del encuentro y proseguí el coloquio. Después de haber hablado de la primavera, del cielo azul, etc., dije con tono tan ceremonioso como si hubiese tratado a una marquesa:

—Si la señorita se dignase permitirme... si hubiera sido tan buena y no se enojara conmigo... yo me hubiese atrevido a pedirla que me honre con su visita.

—¡Oh no! — exclamó Mariette ruborizándose. Es imposible... A Vd., señor, lo hubiera visitado con mucho gusto porque le tengo confianza; pero ese su compañero... el pintor... ¡es horrible!...

En el simpático rostro de la muchacha se reflejaron la indignación y el miedo infantil. ¡Pobre criatura! ¡Qué horror le inspiraba Gornostaev! Traté de calmarla diciendo:

—Créame, señorita, que mi compañero no es malo. Es un poco atrevido, pero al rechazarlo se convierte en un ser manso. Hasta a veces llega a ser simpático.

—¡Oh, no me hable de él!... ¡Es un hombre horrible!... Me faltó el respeto...

Los hermosos ojos de Mariette se nublaron de lágrimas.

—Es grosero y atrevido — prosiguió la chica. Y qué aspecto más antipático tiene: desgreñado, ojeroso, moreno... ¡Qué voz tremenda la suya! ¡Cuando camina hace temblar todo el corredor!...

—Es cierto que es un mozo robusto y algo ruidoso — dije. Pero le aseguro señorita que sé dominarlo y no le permitiré que la ofenda ni siquiera con una sola mirada irrespetuosa.

Sabiendo que la voz demasiado ruidosa de Gornostaev no le gustaba a Mariette, traté de dar el matiz más suave aún a la mía, generalmente bastante fina, para agradar a la muchacha. Por lo visto logré mi propósito, pues Mariette me echó una mirada llena de confianza y de amistad.

"No le gusta el grandote de Gernostaev", dije para mis adentros, y por primera vez en mi vida bendije mi pequeña estatura.

"Puesto que a Mariette le desagrada el cabello desgreñado de mi compañero", seguía pensando yo, "hoy mismo me voy a comprar un peine".

—Y en caso que el pintor no estuviese — proseguí en voz alta — ¿me honraría Vd. con su visita?

—En la ausencia de él, con mucho gusto — fué la respuesta. Esta noche a las nueve.

CAMPO LIBRE

A las ocho y veinte minutos de la misma noche tenía yo con Gornostaev el siguiente coloquio:

—¿Por qué será — me preguntó el pintor — que te empeñas tanto en que yo vaya esta noche al mitin de Jean Jaurés?

—Porque — contesté confuso — hem... porque... el tema de los debates de este mitin... es una cuestión de sumo interés para tí y porque esta noche Jaurés demostrará todo el brillo de su talento...

Gornostaev me miró con aire burlón y replicó meneando la cabeza:

—¿Y por esta misma razón, en vez de ir al mitin te quedas en casa?... Comprendo... Y ¿por qué esta tarde ni siquiera has mirado el libro de filosofía?

—¿De veras no lo miré?

—¿Y no te dabas cuenta de ello?... ¡Pavote!... Ahora deseo preguntarte ¿con qué propósito arreglaste nuestra excelente mansión y hasta cubriste tu cama con un diario nuevo?

—No vés — murmuré sin saber qué contestarle. La cama... no es una mesa... Por ejemplo la mesa...

—No hables más — me interrumpió el pintor. De todo modo dirás alguna tontería. Te comprendo y me voy.

Se púso el sombrero y se dirigió a la puerta diciendo:

—Me alejo y te dejo el campo libre. ¡Si un filósofo es capaz de no ser tonto, aprovecha la ocasión; ama y que el diablo cargue contigo!

Gornostaev se fué. Por lo visto se dió cuenta de que yo quería deshacerme de su compañía. Sumamente contento me puse a esperar con impaciencia la llegada de Mariette, preparándome para atenderla con suma veneración.

Por fin vino la encantadora muchacha, pero... acompañada de su tía, una mujerona alta y huesuda, con cara de fiera, con dientes largos y amarillos, que masticaba y escupía a menudo.

En el primer momento la aparición de la tía me ocasionó disgusto pero luego me consolé con la siguiente reflexión: "Es hasta conmovedor el hecho de que Mariette no quiso venir sola; he aquí otra prueba más de que es una criatura modesta y tímida que no se parece absolutamente a las frívolas parisienses. Es natural, pues, que una chica tan dócil tenga antipatía a un hombre tan grosero como Gornostaev".

Convidé a mis visitantes con vino, nueces, bombones y turrón, que acababan de enviarme de Rusia; atendí muy amablemente a la tía, pues me daba cuenta que para entrar en favor de Mariette había que asegurarse la benevolencia de aquella bruja. La vieja no comía casi nada, pero en cuanto a la bebida demostró una energía digna de un militar. Yo le llenaba la copa, que la mujerona apuraba sin cesar haciendo cortos intervalos sólo para ponerse tabaco en la boca. Al verla masticarlo me vinieron náuseas y me apresuré a mirar el dulce rostro de Mariette.

—¿Desea la señorita ver los cuadros de mi compañero? — pregunté.

—¡Oh no! —exclamó la interpelada. ¡Le tengo tanto odio y miedo que hasta sus cuadros me infunden horror!

—Pobrecita — agregó la tía. Su amigo la ha ofendido.

—Prefiero que Vd. me hable de sus estudios — prosiguió Mariette. Vd. es filósofo, ¿no es cierto? ¿Qué es la filosofía?

La filosofía es un empirocriticismo trascendental del monismo que aproxima los fenómenos de Pitágoras a la metafísica del deísmo, — contestó Gornostaev, que apareció de repente en el umbral de la puerta.

Me puse de pie sobresaltado y exclamando con asombro:

—¿Eres tú?

—Según lo ves — replicó el pintor con una calma digna de un filósofo.

GRAN CONFUSION

La aparición de Gornostaev ocasionó una confusión: Marietta y su tía se pusieron de pie con visible intención de irse. Tuve que hacer enormes y hasta heroicos esfuerzos para lograr que consintieran en quedarse. En honor de la verdad tengo que confesar que en esto me ayudó también Gornostaev. En una forma muy correcta pidió perdón a Mariette, diciendo que se arrepentía vivamente de su conducta de la víspera y prometiéndole portarse en adelante como un miembro de la Cámara de los Lores ingleses; suplicó a Mariette que se quedara y que prosiguiera nuestra pacífica conversación, jurando que, de lo contrario, se tiraría inmediatamente por la ventana.

—¡Oh, no — exclamó la muchacha, palideciendo y volviendo a tomar asiento —, no lo haga, por favor!...

Gornostaev se sentó a su vez y me dijo con tonó amistoso:

—Ahora te toca explicar a mademoiselle Mariette qué es la filosofía..

Teniendo en cuenta la escasa preparación científica de mi interlocutora, me puse a explicarle en términos sencillos y claros el objeto de la filosofía.

Empecé por Aristóteles y por los comentarios de Averroes; luego, sin mencionar otros genios de la filosofía, expuse en breves palabras mi opinión sobre los dogmas de Abelar, Bacon y Espinosa. Tal vez me haya detenido en los detalles un poco más de lo necesario, pero sería injusto si no hubiese mencionado a Bossuet, a Kant, a Schopenhauer y a nuestro Vladimir Soloviev.

Al escuchar mi pequeño discurso Gornostaev se reía a carcajadas, pero, ¡quién le hacía caso a este hombre frívolo!

La tía, muy impresionada por mi sabiduría, me demostró una visible simpatía. En cuanto a Mariette, era la atención personificada. Era evidente que tenía que hacer un gran esfuerzo mental para entender mis palabras y, para no cansarla demasiado, dije: "Seré breve y no voy a hablar de Nietzche, de Augusto Conte ni de los gnósticos".

—Es sumamente interesante todo esto — dijo Mariette, exhalando un suspiro. — ¡Oh! ¿Por qué no podré estudiar yo? Si en vez de ser la mucama de la condesa, yo fuera su hija, aprendería todas las ciencias!...

—Usted puede hacerlo también ahora — repliqué. — Podría estudiar de noche, después del trabajo; yo, gustoso le enseñaría.

—Es usted demasiado amable y no quiero molestarlo.

—Le aseguro, señorita, que para mí no es molestia ninguna. Muy al contrario, sería mi mayor placer...

Con estas palabras me acerqué un poco a la muchacha, que me miró con sus dulces ojos húmedos... Creí volverme loco...

—No sé como agradecerlo — murmuró Mariette, bajando la vista.

—En cuanto a mí — tronó de repente Gornostaev, — no te voy a agradecer por haberte puesto mi nuevo pantalón a cuadros. ¡Quítatelo en seguida!

—¡Gornostaev! — exclamé, con voz temblorosa de emoción.

—¡Te digo que te lo saques!

—¡Te has vuelto loco!

—¡Si no te quitas mis pantalones en el acto, te los voy a sacar yo junto con el pellejo!

(Así cumplía el hombre perverso su promesa de portarse como en la Cámara de los Lores ingleses).

—¡Oh, qué horror! — exclamó Mariette asustada.

Al oír su voz, Gornostaev se tranquilizó inmediatamente y pronunció con voz suplicante, dirigiéndose a la muchacha:

—Perdóneme, señorita, en nombre de Dios y del amor que le profeso a usted! Sé que soy un hombre mal educado y que no merezco el honor de hacer compañía a un filósofo y caballero como mi amigo... Me iré en seguida y para siempre. Voy a vagar por el corredor, delante de la puerta de su pieza, señorita, agobiado por la triste convicción de que mi alma ha de ser maldita por todos los filósofos de los tiempos antiguos y de la actualidad, y que jamás llegaré a merecer el amor ni la estimación de usted!...

Con estas palabras saludó a Mariette y salió de la pieza.

SE VA LA TIA

Después de este incidente, mi conversación con Mariette prosiguió sin interrupción y pude explicarle las doctrinas de Epicteto.

Empero, al mismo tiempo por mi mente pasaban las siguientes reflexiones: "Qué bien que no soy tan grosero y atrevido como Gornostaev; que no tengo la cabellera tan desordenada como la de él y que mi voz es suave y fina. Así le agrado más a Mariette. Tal vez dentro de unos cuantos días venga a visitarme sola y entonces... qué palabras cariñosas le voy a susurrar al oído! ¡Con qué adoración le voy a mirar a los ojos!... Y tal vez ella me dé permiso de besarle la mano... sus adorables deditos"...

Entretanto seguía siendo muy atento con la tía de la chica; la vieja tomaba vino y masticaba tabaco, echándome miradas benévolas. A eso de la medianoche se puso de pie y salió, diciendo que iría a averiguar si la condesa había vuelto del teatro. Me regocijé interiormente por la oportunidad de quedarme a solas con Mariette, que se me presentaba tan de improviso. Pero no quise abusar de esta ventaja para no infundir la desconfianza a esta alma tan pura, inocente e inmaculada, y guardé silencio.

Al cabo de cinco minutos Mariette salió a su vez, diciéndome:

—Me siento algo cansada; iré a mi pieza y volveré dentro de un momento.

Una vez solo, me entregué de lleno a mis dulces ensueños... Mi corazón rebozaba de sentimientos más puros y poéticos...

Pasó un largo rato y, como Mariette no volvía, empezé a experimentar impaciencia. Por fin me decidí a salir a su encuentro. No habiéndola encontrado en el corredor, me acerqué a la puerta de su pieza, y tras de una breve vacilación, llamé tímidamente.

—¿Quién es? — resonó de adentro la voz de Mariette.

Al oír esa divina voz, mi corazón dió un brinco.

—Querida Mariette — dijo con tono suplicante. — Por favor no vaya a creer que tengo malas intenciones...

—No se puede entrar, señor — replicó la muchacha.

—¿Por qué?

—Es que... sabe... me quité el vestido.

—¡Oh, santa inocencia! — exclamé para mis adentros. — Al cabo de un momento volví a llamar a la puerta.

—No le dije, señor, que no se podía entrar — pronunció de nuevo Mariette. — Estoy desnuda.

—Vístase, señorita — dije con tono suplicante. — Por favor, póngase el vestido y déjeme entrar.

En la pieza de Mariette se distinguió un ligero ruido. Acto seguido se abrió la puerta y en su umbral apareció... Gornostaev.

—¡Idiota! — exclamó mi compañero con desprecio. — Pasé cuatro minutos suplicando a Mariette que se sacara el vestido y, cuando por fin logré mi propósito, vienes tú para aniquilar el fruto de mi trabajo!... ¡Fuera de aquí! ¡No supiste aprovechar la ocasión y ahora no te queda más remedio que ir a estudiar la filosofía!...

Con estas palabras volvió a entrar en la pieza, cerrando tras sí la puerta con estrépito.

Quedé perplejo... Me parece... y creo no equivocarme suponiendo que Gornostaev dió un beso a Mariette, aquella noche.



LA APARICION de Gornostaev ocasionó una confusión: Mariette y su tía se pusieron de pie con ganas de irse a su apartamento

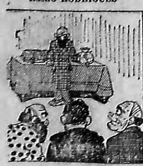


AL ESCUCHAR el pequeño discurso filosófico de su rival, Gornostaev, se reía a carcajadas, de la lección que estaba recibiendo Marietta, preocupada por cosas más triviales

ILUSTRO PREMIANI

La Muestra del Rabino ★ Buenos Amigos ★ Porqué son Circuncisos ★ Paradojas

Ilustró RODRIGUEZ



La muestra del rabino

UN rabino se hizo construir una casa de recreo con el dinero que había ganado como juez. En el pórtico mandó pintar un ganso y cerca de éste un rabino vestido de ceremonia que estaba arrancando las plumas al animal.

—Este es mi retrato — dijo riendo a un amigo que le preguntó qué quería decir todo aquello.

Buenos amigos

Salomón Pomeranz era un rico abastecedor de las tropas en Wilna. Poseía un cuantioso caudal, tenía empleados a centenares de judíos, muchos de los cuales se enorgullecían con su amistad.

Pero aconteció que en uno de sus negocios llegó a perder toda su fortuna, por lo que se habló mucho en la ciudad de la suerte adversa de este hombre, que había sido tan rico. Abandonáronle los amigos de sus buenos tiempos, llegando casi a negarle el saludo.

Inesperadamente volvió a brillar su buena estrella, porque habiendo ganado un gran pleito contra el Estado, recibió una considerable suma, con la que pudo volverse a establecer tan fastuosamente como antes.

En un día de fiesta estaba Pomeranz asomado al balcón mirando a la calle, cuando vió venir hacia su casa numerosos amigos de sus tiempos pasados que venían a visitarle.

—¡Pronto, pronto! — gritó a los criados. — Ponedme la caja de caudales encima de la mesa.

—¿Quieres explicarnos esto? — preguntaron extrañados los amigos cuando vieron la gran caja de caudales instalada sobre la mesa.

—Esto quiere decir — repuso Pomeranz — que no es a mí a quien habéis venido a ver, sino a mi dinero.

Por qué son circuncisos los judíos

El conde Kazimir Badene, presidente del Consejo de ministros de Austria, gobernador de la Galitzia y señor de Radzochow, gustaba de frecuentar los círculos judíos y era muy aficionado a conversar con sus colonos y empleados en su propia lengua; a menudo les gastaba también bromas para molestarlos y ponerlos en aprieto, haciéndoles preguntas sobre la religión. Si de estas contiendas salía vencedor, sentía una especial alegría, y si le vencían, se alegraba también... de la prudencia y tolerancia de "sus judíos".



Ocurrió que uno de sus colonos tuvo un hijo, por lo cual invitó al conde a la circuncisión del niño. Badene encontró una nueva ocasión para una gansada.

—Bonita religión la religión judía — decía el conde, — que os obliga a circuncidar al recién nacido, mutilándole un órgano. ¿No es una tontería y una maldad molestar así con una operación a una criaturita indefensa? ¿No andan por ahí millares de hombres que no han sido sometidos a la circuncisión?

—¿Me permite vuestra excelencia que le cuente un cuento? — preguntó el judío alegremente.

Asintió Badene.

—Oigamos tu cuento — dijo.

Y el judío habló de este modo:

—En el jardín del emperador, en Viena, hallábase un día de primavera el jardinero de la corte ocupado, como de costumbre, en la limpieza de árboles y plantas. Acertó a pasar un aldeano y quedóse sorprendido al ver cómo un hombre iba cortando árboles y plantas, uno por uno. Echó al jardinero una mirada de desprecio y le dijo: "Estúpido, malvado, ¿por qué estropeas tan hermosos árboles? ¿No comprendes que si les cortas las ramas de abajo los privas de sus frutos?" "Te diré — contestó el jardinero; — cuando se poda una planta y se la limpia, tanto más hermosa crece por arriba, y esto lo entiende cualquier paleto, por bruto que sea". "Eso no — exclamó el aldeano; — también yo tengo en mí jardín muchos árboles que no he podado nunca y no por eso han dejado de prosperar y de darme sus frutos año por año". Y contestó el jardinero sonriendo y sin interrumpir su trabajo: "Acaso tus árboles no necesiten limpieza; pero los del emperador sí..."

—Basta, basta — exclamó Badene, y se echó a reír a carcajadas.

Al día siguiente contó esta historieta a sus amigos y obtuvo un éxito. El chiste corrió de castillo en castillo.



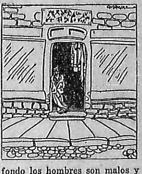
Paradoja

Vivía en Kolomea un acaudalado peletero llamado Simson Hibner, el cual gozaba de gran consideración y estaba, además, dotado de raro ingenio. Sus ocurrencias y agudezas mordaces y contundentes han llegado hasta hoy y aun se dice "gracioso como Hibner". Acostumbraba a concurrir a las grandes ferias y mercados anuales, y siempre que concertaba un buen negocio, al volver a su casa mostraba en público una cara muy seria y disgustada y por la noche permanecía a oscuras. Y por el contrario, cuando fracasaba en sus negocios, mandaba encender todas las luces en su casa y ponía una cara muy alegre.

Un amigo que conocía perfectamente sus balances, le preguntó en una ocasión a qué obedecía tan extraña conducta.

Simson contestó sonriendo:

—Voy a descubrirte mi secreto. Tú ya sabes que en el fondo los hombres son malos y envidiosos. Yo también tengo envidiosos y enemigos; por eso, cuando hago un buen negocio, mando apagar las luces, pues me digo: Ya que soy dichoso y feliz, que lo sean también mis amigos creyendo que me he arruinado. Y por el contrario, cuando me va mal y se me llena el corazón de amargura, digo que enciendan bien toda la casa para que crean que he ganado mucho y sientan una profunda congoja.




Geniol
QUITA EL DOLOR
DA BUEN HUMOR
Propiedades
1° - Quita los dolores de cabeza
2° - Corta los Resfríos
3° - Domina la Gripe
4° - Baja la fiebre
5° - "Disuelve" los venenos Reumáticos
6° - Los hace eliminar
7° - Descongestiona los nervios
8° - Salva del dolor de muelas
9° - Calma la excitación nerviosa
10 - Calma los cólicos menstruales
11 - Anula los efectos del alcohol
12 - Tonifica el corazón
13 - Levanta las fuerzas
14 - Facilita la respiración
15 - Despeja la cabeza
30 cts
VALE EL LIBRITO DE 4 PASTILLAS
Ventajas
1°- Su fórmula es triple.
2°- Puede tomarse a cualquier hora.
3°- Se puede tomar diluído ó entero pués no afecta al estómago.